

S A F F I A

Junto a una artística fuente
de aliceres adornada,
en Tetuán, y en el barrio
sombrio de la Alcazaba,
en el alfeizar morisco
de una muy alta ventana,
una mora pensativa
escucha el rumor del agua

Perdido en los callejones
de bajos techos y arcadas
o que cubren con doseles
los verdores de las parras,
un viajero solitario
frente al ajimez se para.

Alamares cristalinos
la luna en la noche clava.
Las estrellitas oscilan
en la atmósfera diáfana,
y en el silencio las fuentes
de amor y celos nos hablan.

No oscurece ni una sombra
la blancura de las tapias
y aroma la madre selva
los callejones y plazas.

El viajero embelesado
mira a la mora asomada,
y al sonreírle, le dice:
•Vengo de tierras lejanas;
de la viejísima Córdoba;
de la florida Granada;
soy el amante que esperas,
ese que en la vida amarga
se espera siempre y no viene
porque es un sueño, un fantasma.

Y si tus puertas me abres
las leyendas de la Alhambra
y los fantásticos cuentos
de aquella Medina Azahara
que mandó hacer un califa,
a su favorita amada,
te contaré en esta noche.
Y perfumes de la Arabia



he de traerte, gacela,
y pendientes de esmeraldas
y brazaletes y ajorcas.
¡Abreme, mora, tu casal

II

Sonó el hierro de un cerrojo
en la noche tibia y clara;
una luz débil ardía
entre pantallas cromáticas,
y un pebetero de bronce
el sándalo indio quemaba.
De colores rica tela
y en fino oro bordada,
un *iaití*, colgado en zócalo,
recorría aquella estancia,
y tapices y cojines
aquel estrado cercaban,
viéndose un lecho en el fondo
y alacénitas de nacar.

Con primoroso esenciero
trabajado en filigrana,
se perfuma como un rito
cabeza, manos y cara,
mientras el té se satura
en la tetera de plata

Quítase el jaique la mora
de una blanquísima lana,
cuyos artísticos pliegues
eran plegados de estatua;
su cintura de bacante
cinturón rico anudaba;
de collares, brazaletes,
son campanillas, medallas,
cuando el té que ardiendo humea
en los vasitos escancia,
perfumado con azahares
y yerbabuena aromática.
Y entre sorbos, recostados,
confidencias, dulce charla.

«Que el Profeta te conserve.
Eres la flor de tu raza.
Una hurí del Paraiso».
—Soy de Fez, me llamo Saffia,
y en una noche sangrienta



de esa ciudad desbordada,
en que la sangre corría
por intrigas y venganzas,
perdí mi hacienda y mis padres,
después... de cábila en cábila
llegué a Tetuán un día.
Quisolo Alá, porque estaba
el libro del tiempo escrito.
Su nombre adora y ensalza.

III

De pronto, suena una música
misteriosa, muy lejana,
con candencias del desierto,
monótona, sensual, lánguida,
y quitándose la túnica
de oro y seda recamada,
sobre la alfombra de Persia,
ya desnuda, baila, baila,
y su boca rojo casco,
de la más fresca granada,
con tono de malagueñas
canta y llora, llora y canta.

Como un mármol cimbreante
gira, gira, por la sala,
y son sus senos temblando
tortolitas azoradas;
y son sus brazos reptiles
que cual en ramas selváticas,
se retuercen y se anudan,
se retuercen y se enlazan;
marfil y lotos de lagos
que hace temblar la borrasca,
son sus muslos y sus piernas;
y sus caderas son ánforas
que van parece a quebrarse
esparciendo su fragancia;
y sus pies con diez rubís,
giran, giran, danzan, danzan,
y arabescos en la alfombra
van tejiendo cuando pasan;
y sus ojos misteriosos
arden, arden, como llamas.
¡El misterio del Oriente
en las selvas africanas
era esa estatua de carne,
de raso y carne doradal

IV

Ha cantado ya el muezin
en la mezquita cercana.
Ya las crestas se dibujan
del monte Dersa, sus faldas
con sus huertas y jardines
cubre ya, una luz blanca.
Ya no se oyen las fuentes,
las ahoga la algazara
de los zocos, que se animan.
Tetuán es una mancha
como un jaique gigantesco
sobre un campo de esmeraldas.

Por los viejos callejones
del barrio de la Alcazaba,
saturado del Oriente
todo su cuerpo y su alma,
el viajero del Andálus
lleno de recuerdos baja.

«Cuando pase el Ramadán,
apenas la luna salga,
te esperaré en el alfeizar
de mi escondida ventana».
Y se repite en su mente
llena toda de nostalgias.
«Cuando pase el Ramadán,
apenas la luna salga,
me esperará en el alfeizar
de su escondida ventana».

Vicente Orti Belmonte.

Córdoba 4 de junio de 1946.